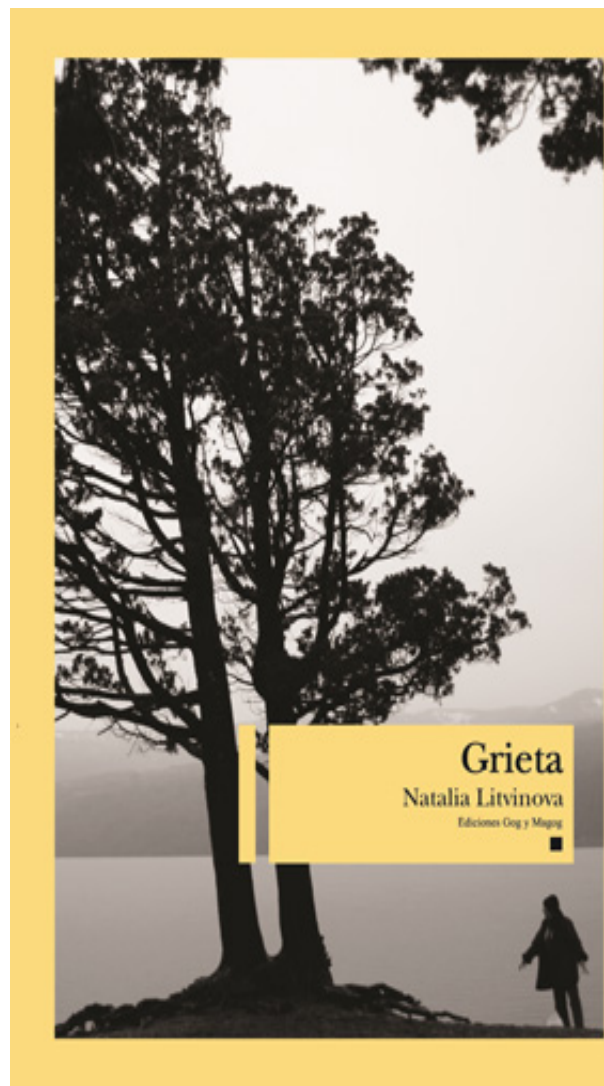


Grieta, de Natalia Litvinova (Gog y Magog, Buenos Aires) | por
Laia López Manrique

*No pertenezco al mundo sino a la caída.
Pero el mundo insiste.*

N.L.

Hubo un día en que aprendimos a decir “nieve”. Después tuvimos que olvidarlo para decir “neu”, “neige”, “neve”, “snow”, “Χιόνι”, “❄”, “Schnee”, “Снег”. “Nieve” se quedó en la tramoya, en el contacto primero con la materia blanca, en su modo de deshacerse entre los dedos. Natalia Litvinova (Bielorrusia, 1986) creció diciendo “Снег” y un día tuvo que olvidarlo para decir “nieve”. Después, tal vez mucho después, ocurrió el poema.



Las palabras, las metáforas, los poemas, siempre ocurren en los otros. Nunca *propiamente* en quien escribe. Quien escribe captura y aproxima, hace suyo el gesto, lo resguarda y lo voltea, entre la digestión y el desapego, entre lo ajeno y lo que toma al cuerpo casi por asalto. Dice Litvinova: “Lo propio-no pertenece”.

En ese no-lugar, el espacio fronterizo, el de la cesura que media entre lo propio y el no pertenecer, escribe el poema Natalia Litvinova, con la convicción resolutiva de la sombra, como un cuerpo tubular que cae y hermana en su caída a las dos partes separadas por el corte. Ese aspecto intermedio, lindante, también puede leerse en la forma de los poemas, cuya sintaxis, pese a su tendencia a abrirse hacia la orilla de la prosa poética, no acaba de soltarse y queda, muchas veces, suspendida o interrumpida.

Si las palabras pulsan a quien escribe es porque devuelven y también desplazan, abandonan. Así, las palabras permutadas en *Grieta* devuelven a la poesía el tacto de una cierta infancia, reaparecida o traída ante los ojos justo en el momento de cicatrizar, y a un cierto aprendizaje de lo denotativo. Como si la poeta fuera una niña sentada en el suelo, desordenando y reordenando una serie de palabras, nunca azarosas, que alguien ha depositado a sus pies. Algunas de las palabras del conjunto podrían ser:

Nieve pájaro árbol. Amanecer animal grieta. Hombre prolijo sueño
amor piel. Brevedad dios florecimiento noche. -*Religare*. -Dos.
Muro ojos caer. Propio extrañarse regresar.

Todas ellas son palabras falsamente inocentes, palabras con reverso y uñas retráctiles que flotan en los poemas de Litvinova como si hubieran sido alejadas de sí mismas, de su vínculo con la experiencia real. Palabras que se parecen a ensoñaciones y que escriben una poesía de esencias sin esencias, por su carácter huidizo, desarraigado y niño. Como una Casandra sin memoria, dice la poeta, "Caigo en el origen de casa cosa. /Me asusto./Corro de mí en todos los cuerpos".

Entiendo la poética de *Grieta* como un proceso de lectura rumiante y también como un proceso de traducción y de diálogo,

especialmente dirigido hacia la poesía rusa, de la cual Litvinova es conocida traductora. Particularmente en el poema titulado "Canción propia", en que la poeta brinda "Sin vino. / Y sin casa" por los que "parten sin destino./ Y regresan cuando nadie espera", resuena la Anna Ajmátova de "El último brindis", que saludaba la "casa saqueada", la "vida perdida", al "Dios que no nos salvó". Y también Litvinova se traduce escribiendo esa lengua partida y bebiendo de una topografía cercana al simbolismo, una topografía fantasmática de palabras dobles y escindidas: "Volver en ruso no es lo mismo que en castellano./ Volver en los dos idiomas./Doblemente imposible". De esa imposibilidad nace la herida que da lugar al poema.